



INCERTIDUMBRES DE UNA ERA DEMOCRÁTICA

Leszek KOLAKOWSKI

Al margen de las vicisitudes históricas de la palabra *democracia* y de sus usos espurios fraudulentos («democracia socialista», «democracia del pueblo», «democracia islámica»), podríamos decir que el concepto, como suele entenderse, comporta tres componentes.

Primero, pensamos en una serie de instituciones destinadas a asegurar que el poder y la influencia de las élites políticas correspondan a la cantidad de apoyo popular de que disfrutan.

Segundo, tomamos en cuenta que el sistema legal es independiente del poder ejecutivo; la ley actúa como un dispositivo intermediario autónomo entre el individuo o los intereses colectivos y el Estado, y no es un instrumento al servicio de las élites dirigentes.

Tercero, pensamos en barreras coercitivas erigidas dentro del sistema legal que garanticen la igualdad de los ciudadanos ante la ley y

los derechos personales elementales, que (aunque la lista es muy discutible) incluyen la libertad de movimiento, la libertad de expresión, la libertad de asociación, la libertad religiosa y la libertad de adquirir propiedades.

Estos tres componentes no están necesariamente ligados: pueden existir por separado: tanto desde el punto de vista conceptual como desde la perspectiva de la experiencia histórica. El principio del gobierno de la mayoría es insuficiente si vamos a distinguir entre democracia y olocracia (el gobierno del populacho). El principio del gobierno de la mayoría no constituye una democracia en sí mismo; sabemos de los regímenes tiránicos que contaron con el apoyo de la mayoría, como la Alemania nazi y la teocracia iraní. No podemos llamar democrático a un régimen en el que el 51% de la población puede linchar impunemente al restante 49%. Tampoco son suficientes el primero y el segundo componentes sin el tercero, como podríamos imaginar si existiera un régimen en el que los ordenamientos legales coercitivos y predecibles operaran sin asegurar la igualdad o los derechos personales.

Persistentes amenazas a la democracia

Por mucho que quienes estamos comprometidos con la libertad aceptemos de buen grado el movimiento mundial que aspira al establecimiento o la restauración de las instituciones democráticas en los países comunistas, en las dictaduras militares, y en otras formas de la tiranía, vale más que no nos imaginemos que ya está asegurada la causa de la libertad ni que su victoria es inminente, pues existen varios factores, ahora y en el futuro previsible, que seguirán amenazando a las instituciones democráticas.

Entre esas amenazas se encuentra en primer lugar la languidecente, pero aún viva, fuerza del soviétismo. Nos damos cuenta, por supuesto, de la profunda crisis de las instituciones totalitarias: el fortalecimiento cada vez mayor de la sociedad civil en los países comunistas; la bancarrota económica, social y cultural del «socialismo real», y el derrumbamiento de la legitimidad ideológica de los sistemas de tipo soviético. Pero los tiempos todavía no están maduros para los ritos finales. Los cambios acelerados, indicadores de que los gobernantes mismos han perdido confianza en la vitalidad de sus regímenes (el síntoma más claro de la decadencia), han durado un tiempo muy breve y de ningún modo es seguro su desenlace. Hay razonables motivos para suponer que la *perestroika* en la Unión Soviética se desmoronará, lo cual podría significar una regresión política sobre cuyos carácter y alcance no tiene sentido especular. La expansión imperialista se erigió precisamente sobre los cimientos ideológicos del régimen soviético y la inequívoca renuncia a esta expansión requeriría una transformación ideológica que

es difícil de imaginar. El único rival potencial del marxismo leninismo —el chauvinismo de la Gran Rusia— significaría un peligro mortal para el Imperio si se estableciera como doctrina oficial e inflamaría, inevitablemente, aún más los nacionalismos de las poblaciones no rusas. Y no sabemos qué sucedería si el partido gobernante se enfrentara a una amenaza real de ser desplazado del poder. Sería prematuro redactar el obituario del comunismo.

Una segunda fuente de energía antidemocrática sería el avance del nacionalismo nocivo alrededor del mundo. Los sentimientos patrióticos en sí mismos no son incompatibles con una perspectiva democrática, mientras signifiquen una solidaridad favorable a la propia nación, la fidelidad a la herencia cultural nacional y a la lengua, y el deseo de tener una nación mejor y más civilizada. (El patriotismo quiere limpiar a la nación; el nacionalismo, blanquearla, decía Chesterton.) El nacionalismo es nocivo y hostil a la civilización cuando se mantiene a través de la creencia en la superioridad natural de la propia tribu y el odio a los demás; si busca pretextos, por tontos que sean, para extenderse en territorios ajenos y, sobre todo, si implica una creencia idólatra en la absoluta supremacía de los valores nacionales cuando chocan con los derechos de las personas que constituyen esa nación. No hay necesidad de demostrar que esta clase de nacionalismo rapaz y potencialmente totalitario está aumentando en varias partes del globo.

Un tercer factor antidemocrático son la intolerancia religiosa y las aspiraciones teocráticas. Ciertamente, la tendencia teocrática, que naturalmente desvanece la separación entre el Estado y la religión e instaura un despotismo ideológico, de manera más clara y peligrosa se muestra activa en los países islámicos, donde hay motivos para suponer que aumentará. Los países islámicos, sin embargo, constituyen un gran segmento de la humanidad; mientras ninguno de ellos es totalmente democrático en el sentido occidental, difieren significativamente en el grado de intolerancia. Advertimos asimismo un aumento de las aspiraciones teocráticas entre algunos judíos de Israel. Análogas tendencias, hasta el momento, no parecen muy fuertes o peligrosas en el mundo de la cristiandad, pero sus semillas allí están y a veces muestran su vitalidad.

Una cuarta amenaza procede del terrorismo y la violencia criminal. El peligro no es que los terroristas y los traficantes de drogas tomen el poder en los Estados civilizados, sino que obliguen a los gobiernos democráticos a combatirlos —presumiblemente con el consentimiento popular— con medidas que violen los derechos humanos. Nadie, por supuesto, se opone a las revisiones de seguridad en los aeropuertos, y nosotros suponemos naturalmente que éstas no son más que una molestia trivial, el pequeño precio que hay que pagar por la relativa seguridad de los viajes. Pero estrictamente hablando estas revisiones implican que a cada uno de nosotros se le trata, sin ningún fundamento,

como sospechoso de terrorista. ¿Qué sucedería si la lucha eficaz contra terroristas y criminales llegara a requerir no sólo de pesquisas inciertas a gran escala sino de homicidios preventivos, la cancelación del principio «inocente hasta que no se le compruebe culpable», la proliferación de organización «vigilantes» privadas (que deciden hacer justicia por su propia mano), etcétera? Podríamos aceptar esas medidas bajo coacción cuando creamos que son necesarias para defender la democracia, pero no podemos creer que dejarán intacta la salud de la democracia.

El quinto peligro para la democracia, y virtualmente el más importante, podría venir de los cambios a largo plazo que prácticamente están afectando todas las partes de nuestro planeta. El acelerado ritmo del crecimiento económico durante las décadas de la posguerra ha producido —tanto en los países ricos como en los pobres— una mentalidad de expectativas sin fin. De alguna manera, nos hemos acostumbrado a la esperanza de que cada uno de nosotros va a tener más y más de todo en el indefinido futuro y a la firme creencia de que esto es lo que cada uno de nosotros se merece. Pero estas esperanzas están condenadas a terminar en una amarga frustración, al menos para la abrumadora mayoría de la gente.

La sobrepoblación, los recursos cada vez más raquíticos de las tierras cultivables y la falta de agua, y las catástrofes ecológicas, ciertamente obligarán a la humanidad en el futuro cercano a dedicar cada vez más esfuerzo y más dinero a reparar los daños ya producidos al medio ambiente y a evitar calamidades futuras. Esto no sólo conducirá a un mayor número de restricciones a nuestra libertad de movimiento y al derecho de propiedad. Terminará, sobre todo, en un desaliento de nuestras expectativas de «más y más» y, sin duda, en la exigencia de que reconozcamos que tenemos suficiente o, incluso, de que nos las tenemos que arreglar con menos, limitar nuestras necesidades, y aceptar una vida más modesta. Serán enormes la cantidad de frustración, la ira irracional, y la agresividad que estos imperativos van a causar, y afectarán por igual a ricos y a pobres. Porque el grado de frustración no depende del más alto nivel de satisfacción sino de la distancia entre ese nivel de satisfacción y nuestras necesidades subjetivas, y nuestras necesidades pueden acrecentarse en la interminable espiral de la codicia. Es difícil predecir qué expresión ideológica, qué otros canales, podría encontrar esta frustración, pero a fin de mitigarla y evitar que la sociedad se precipite en el caos o en las garras de una tiranía sin ley, es posible que serán necesarias muchas restricciones no democráticas.

La miseria diseminada por todas partes es un terreno fértil para la exitosa demagogia de los movimientos totalitarios y para la tentación de «resolver» los problemas sociales por medio de una dictadura militar. Muchas veces lo hemos visto, especialmente en América Latina y en

Africa. Si los países relativamente ricos se ven obligados a reducir las expectativas humanas —incluso sin crear miseria real— aumentará el peligro.

Leszek Kolakowski

Esto no quiere decir que la causa de la libertad esté perdida: hay indicios suficientes de que la gente no sólo necesita seguridad sino también libertad. Y no hay que olvidar que la libertad siempre es vulnerable, que su causa nunca es segura.

Traducción de Federico Campbell
